

# "DOS HOMBRES" POR DOMINGO MELFI por LUIS DURAN

EDITORIAL NASCIMENTO 1937

Edit. Nascimento 1937.

**D**OMINGO Melfi, al ocuparse de los fenómenos políticos y sociales de nuestro país y de América, ha sabido mantener una firme e invariable línea espiritual. No podría acusarse de luchar para su beneficio, renombre y popularidad, explotando la parte electista de las ideas libertarias y caer sin temor a mantener la pureza de su ideal en la demagogia o en la manida sonajera de las frases de cliché. Y así que hay en él un linaje espiritual demasiado alto y acendrado que no le permitiría jamás resbalar por esa fácil pendiente de la palabrería insubstantial, que suele dar a muchos hombres sin calidad, especialmente a aquellos que se dedican a la política, un fugaz relumbro. Melfi, al darle su entusiasmo y su fervor a los problemas americanos, lo hace con el corazón limpio de todo influjo sectario o interesado y sólo animado por el deseo de contribuir a la medida de sus fuerzas a que se forme un concepto claro y sólido con respecto a nuestros valores humanos y a la huella que estos dejaron dentro de la formación política y social de este país.

Melfi es un escritor, un artista sincero, que por medio de su robusta inspiración vierte el contenido de su inquietud de hombre, frente al espectáculo de la vida, en interesantes y enjundiosos ensayos, que enfocan los problemas que tienen actualidad permanente y contribuyen también a aclarar el confusionalismo histórico en que estos países jóvenes de América se debaten en su afán de buscar su verdadero camino hacia el futuro. Todos los pueblos necesitan crear sus mitos que les sirvan de punto de partida o de índice en su orientación espiritual, así como para fijar su posición social. De ellos surgen las doctrinas que son la médula de los partidos políticos en su lucha por conquistar el triunfo de sus ideales o ambiciones. Se forman así dos frentes de opinión colectiva en que cada uno tiene su razón que defender y una situación que mantener o mejorar, y como la coincidencia en ideas políticas es un imposible y seguirá siendo mientras los medios de vida y la mentalidad de cada pueblo sean diferentes, la lucha ideológica continuará hasta el último momento en que los hombres puedan hacer uso de su libertad de opinar. Defender sus privilegios o rebelarse contra un destino miserable. En los países de nuestra América, en donde la injusticia social es evidente, estas dos corrientes de opinión están señaladas con marcado relieve. De ahí sus continuas convulsiones intestinas y el por qué de las dictaduras, que siempre sin excepción han sido ejercidas por aquellos que tenían el poder y el dinero en sus manos.

Melfi, en este estudio, ha escogido a dos eminentes figuras chilenas, que son, en verdad, representativas de un pensamiento o tendencia política colectiva. Portales y Lastarria son el producto bien definido de su época. Cuando al primero le toca gobernar, Chile recién emancipado de la férrea tutela del coloniaje, sufre todos los trastornos del joven inexperto que de la noche a la mañana se ve en la necesidad de administrar un rico patrimonio y a quien todos sus amigos se creen con derecho a aconsejar sin que para nada entre a actuar su voluntad. Así en esta forma no eran por cierto los mejores y más meritorios los que se creían con derecho a imprimir rumbo a esta joven República, pues, como dice el autor: "soldados oscuros se convertían en caudillos; jefes cargados de medallas y cubiertos de cicatrices, tomaban el camino del destierro; vecinos modestos y comerciantes que habían servido en los ejércitos se transformaban en tribunos o en héroes. Estos en gobernantes y en señores del despotismo".

En medio de aquel vórtice de pasiones y de ambiciones absurdas y descabelladas, faltaba una mentalidad fuerte, una pupila que mirara con serenidad, más que eso, con fría decisión lo que era necesario hacer. Afortunadamente aparece Portales, "el hombre de acero" de su tiempo que ejerce una dictadura inflexible, pero constructiva. Ajeno a todo sentimentalismo y con una honradez austera y ejemplarizadora, asume, cuando es necesario, la totalidad del poder para así arrasar con todos los escollos que pudieran entorpecer sus decisiones. La sombra y cruel autoridad del coloniaje, se prolongaba así en él. Pero a su fuerte voluntad iban unidas todas las condiciones del político y del gobernante. En las finas y aristocráticas líneas de su rostro, se advierte el vuelo audaz del águila y la malicia del zorro. En su desdenosa sonrisa, la conciencia de su fuerza de hombre superior. Bajo su puño se doblegan los cabezallas, los comerciantes inescrupulosos y los gestores de negocios. Corta de raíz todo in-

tento de rebeldía. La libertad no le interesa como medio de expresión, para construir a base democrática la arquitectura social y política de un pueblo. En el pecho de cada uno de sus adversarios debió existir una hoguera de odios, que él con su altivo y sarcástico desenfado no tomaba en cuenta. Era, sin duda, un hombre superior, pero con toda la metulencia de un despota. ¿Para qué quería libertad un pueblo que no sabía hacer uso de ella? Esa debía ser su continua reflexión, cuando empujado por el impetuoso avasallador de su voluntad atropelaba la Ley y no le importaba un ardite vejar la dignidad humana. En Portales toda la ideología política se resumía en el concepto de una autoridad fuerte, sin la cual estos pueblos no podrían progresar. Hoy día esta manera de pensar le habría hecho odioso e insufrible; en aquel tiempo provocó una sed de venganzas, cuyo epílogo culminó en la tragedia del Barón.

Todo esto está magníficamente expresado en este valioso ensayo de Melfi. Desde sus páginas encendidas por el fervor y la pasión humana que las anima y agita, la figura de Portales surge con relieve inolvidable y verdadero. Es este el Portales que vislumbrábamos a través de sus costumbres, que en las páginas de la historia no pudimos ver con la nitidez que ahora leyendo esta animada imagen suya que nos presenta Melfi. Ahí está el hombre contradictorio y caprichoso. Inflexible y despiadado. Autoritario y generoso, pero nunca sentimental. "Si mi padre delinquiera, a mi padre haría fusilar", es una frase que lo pinta de cuerpo entero. Es esta la verdadera silueta de Portales. De ese Portales ante quien temblaba todo el mundo y que, sin embargo, gustaba de las diversiones del pueblo, así como de despreñar muchas de las costumbres de la aristocracia.

Este ensayo de Melfi, meduloso y rico en sugerencias sobre la personalidad de Portales en sus diferentes aspectos, no obstante su corta extensión, es seguramente el documento que pone más luz en la trayectoria de la vida singular de este hombre, en quien hay no sé qué puntos de contacto con la Quintrala. Hace poco lo vimos desfilando, deahora así en una biografía novelada, de reciente publicación. La imaginación de la autora de ese libro, vulgarizó el personaje, quitándole ese soplo de grandeza y de impetuosa energía que es la característica imprescindible en la existencia de Portales.

Asimismo la figura romántica de Constanza Nordenflieth, aparece como una somera, como un fantasma sin objeto junto a su vida. Un conocido crítico chileno, admirador sin reservas de la obra a que aludimos, nos afirmaba con palabra de encendido elogio que eso fue Constanza Nordenflieth: un fantasma. Y esta afirmativa nos parece antojadiza y arbitraria. ¿Pudo ser un fantasma una mujer que se consumió de amor, que vivió para amar y murió por amor? Una mujer que por oír el fuerte llamado de su corazón, dejó su país, su familia, su situación social, y lo desprecia todo por seguir al hombre inconstante y caprichoso, que ni siquiera le agradece el placer del amor que ella le da generosamente, nos parece que en ningún caso puede ser un fantasma. No pudo serlo por cuanto su pasión amorosa, logró vencer las más duras dificultades, hasta el punto de conseguir que Portales se preocupara de ella y se conduciera de su situación.

Quien desee novelar la parte íntima de este hombre, no puede pasar someramente sobre este caso de amor de leyenda, de tragedia y dramática entrega de toda una existencia. Conocida la verdadera silueta espiritual de Portales, la figura de Constanza adquiere patéticos contornos. Su muerte ocurrida pocos días después del asesinato de su amante da la idea de las proporciones increíbles que aquel sentimiento avasallador tuvo en ella. El Gobierno de la República al legitimar sus hijos, en un gesto de humana comprensión, reparó todos los agravios que el carácter voluntarioso de Portales infligiera a aquel grande espíritu de mujer. Fue además, una bella retribución en gratitud al bien que él le hizo a este joven país al enseñarle a caminar al encuentro del porvenir, sin la torpeza que hasta entonces había demostrado.

Con Lastarria y su influjo sobre la generación de su época, nace en Chile un ansia nueva, con ideales definidos, que lucha por el advenimiento de un clima social más humano, más amplio y generoso en el desarrollo de la vida chilena. Maestro de una juventud que vivía soñando con anhelos que no sabía condensar; con aspiraciones confusas y turbulentas, su poderoso mentalidad los aclara y orienta, vigorizando así esta fuerza desorganizada en una actitud de rebelión contra el conformismo retrogrado y oscurantista de la época. Es el suyo el primer grito de libertad ideológica, que aboga por un régimen de verdadera demo-

cracia basada en libertad del pensamiento. Es la suya la primera rebeldía que surge, cuya virtud original estriba en el derecho del hombre, para conquistar por sí mismo una posición en la vida, mediante su capacidad y su inteligencia. La sociedad pelagosa, celosa de sus privilegios y de sus prerrogativas de casta, no podía mirar con buenos ojos este desusado estallido de ideas, estrafalarias, por lo generosas, que coincidían con aquellos principios que engendraron la Revolución Francesa. Lastarria actuando dentro del orden y la Ley, traía al pensamiento de su generación una inquietud distinta de aquella que hasta entonces sólo hizo germinar motines y revueltas, que al lograban llegar al poder, sólo representaban en él la fuerza material de una facción, que sólo se mantenía hasta cuando otra facción más fuerte la derribaba.

Era la fuerza del espíritu cultivado y vigorizado por un anhelo superior, la que Lastarria ponía en acción. Cosa difícil de obtener en un pueblo que hasta entonces sólo se movía agitado por el personalismo de caudillos, que suscitaban simpatías o antipatías de la masa. Por eso, como dice Melfi, Lastarria vivió en soledad, incomprendido y hurafío, pues no era hombre que pudiera doblegarse, ni claudicar ante la autoridad restrictiva y egoísta que imperaba en su época.

Para concretar su ideal, Lastarria luchaba por la formación de un partido progresista "que supiera representar los verdaderos intereses democráticos y conquistar con paciencia y sabiduría una reforma de las instituciones bajo el amparo de las vigentes". Es decir, buscaba la manera de destruir y combatir las injusticias y los odiosos privilegios que subsistían del coloniaje.

Empero Lastarria, con un concepto cabal del medio que lo rodeaba, sabía bien que muy poco se obtendría con que los hombres tuvieran libertad para opinar, si su pensamiento no estaba enriquecido por la cultura. Decía: "el de Chile es un problema de cultura. Sólo en esta forma se podrá hacer obra nacional auténtica". En su discurso de inauguración de la Sociedad Literaria, pronunciado el 3 de mayo de 1842, dice palabras que reflejan con cierta exactitud su concepto del problema: "No olvidéis con todo que la libertad, no consiste en la licencia; este es el escollo más peligroso, la libertad no gusta de ponerse sino donde está la verdad".

Y este gran chileno —en esto se parecía a Portales—, que amaba a su tierra y la comprendía ya, en aquellos tiempos, raro mérito explicable sólo en su maravillosa intuición del porvenir y la singular carividencia de su talento agragaba:

"Fuerza es que seamos originales; tenemos dentro de nuestra espíritu, en los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad. La nacionalidad de una literatura consiste en que tenga vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor mientras sea más popular".

Y luego de abundar en consideraciones tan interesantes y sustanciosas como la anotada, agrega: "La naturaleza americana tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos, permanece virgen; todavía no ha sido interrogada, aguarda que el genio de sus hijos explote los veneros inagotables de belleza que contiene. Qué de recursos ofrecen a nuestra dedicación las necesidades sociales y morales de nuestros pueblos, sus preocupaciones, sus costumbres y sus sentimientos. Nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia, debe ser enteramente nacional".

Como anota Melfi, "era Lastarria el maestro en el más alto sentido del vocablo. De aquella generación que tanto hizo por la República, que organizó en medio de fieros combates este espíritu de orden que aún persiste, a pesar de las violentas arremetidas sufridas en tantos años de lucha, de aquella generación puede decirse que fue la más brillante que el país ha conocido".

Es bien poco lo que podríamos agregar por nuestra parte para elogiar esta magnífica y bella interpretación que ha hecho Melfi de dos grandes figuras de la República. Es un libro que debería conocer toda la juventud chilena de hoy, por cuanto hay en él una lección que aún no ha sido aprovechada. El autor no ha menchado su interpretación, con sectarismo, ni malicioso afán tendencioso. Como decía Lastarria, en este libro la verdad trascurre en completa libertad. El artista, por su parte, agregó su emoción, la belleza amable y encendida de su lenguaje y la opinión franca

y sin reticencias de sus puntos de vista personales para juzgar y apreciar la perspectiva vital de estos dos hombres eminentes.

Melfi no ha abultado favorablemente la realidad cuando así convenía a sus ideas y simpatías. Tampoco la empujaba en el caso contrario. Ha escrito con fervorosa serenidad, con tranquila exaltación. A ratos las líneas de su libro, son como venas henchidas por la cálida corriente de su amor a esta tierra. Esto le induce a no ocultar sus simpatías y su admiración por Lastarria, cuyo ideal aún no se ha realizado. Así en sus páginas, no es difícil advertir su anhelo sincero de promover en la juventud y en los hombres capaces de esta tierra la inquietud de estudiar sus pro-

blemas, y entendiéndolos, poner una fe más decidida y una mayor fuerza de intenciones en luchar por la grandeza de su destino.

Si en este comentario hubiéramos conseguido dar una idea exacta del rico y sugerente contenido de la obra de Melfi, creo que sería el mejor elogio que la pudiéramos tributar y a la vez la mejor satisfacción nuestra.

L. D. z